

La corte de Roma se llenó por ella de gozo. El Sumo Pontífice manifestó públicamente su alegría, y dió solemnemente gracias á Dios por haber permitido que aquellas naciones, sentadas todavía en las sombras de la muerte, vieran asomar la aurora de la salvacion. Participaron de esta felicidad los extranjerios de nota, los embajadores presentes en aquella sociedad de Roma continuamente diversa, compuesta de personas instruidas ó piadosas, que acuden de todos los países católicos á visitar la cátedra de San Pedro.

Los sabios se hallaban en el apogeo de sus esperanzas, como lo estaban el Sacro Colegio y los hombres religiosos. Los eruditos, los cosmógrafos de la biblioteca papal presentian que habian de ser inmensos los efectos del descubrimiento, que no era entonces más que un comienzo. El gran maestro de la literatura clásica, el oráculo de sus contemporáneos, Pomponio Letus, derramó lágrimas (1) de felicidad al saber ese prodigio. Para lo sucesivo se hallaban ya eclipsados los héroes de los primitivos tiempos, los semidioses del paganismo, las expediciones fabulosas ó históricas de la antigüedad. La realidad iba á borrar la mitología y á exceder á la imaginacion.

Habia sido llevado el signo de la Redencion al traves de los temibles espacios del Océano tenebroso, MARE TENEBROSUM, más allá de la incierta Atlántida, por un hombre, cuyo nombre, maravillosamente simbólico de salvacion, recordaba la paloma, emblema del Espíritu Santo, y significaba Porta-Cruz, Christo-ferens, Christophorus. Y aquel héroe era un cristiano modelo. No se podía dudar de sus sentimientos; porque, desde el 25 de abril, y por consiguiente, diez dias despues de su triunfo en Barcelona, Aliander de Cosco traducía ya al latin una copia de su carta á Rafael Sánchez, llegada á Roma; y con la autorizacion del Papa, se imprimía en los establecimientos tipográficos de Eucharius Argentinus. Nueve dias despues, el Padre Santo certificaba de puño propio, la sublimidad del mandato confiado por la Providencia á «su muy amado hijo» Cristóbal Colon.

Este hubiera podido morir satisfecho despues de esta solemne consignacion de su descubrimiento. Aunque hasta entonces sólo había hallado islas, centinelas avanzados de un continente totalmente desconocido, sin embargo, con esto solo estaba ya hallado el Nuevo Mundo. Habia realizado su obra; pero Dios destinaba á su celo otras pruebas y otras recompensas.

Hay una escuela que se obstina en no ver en este descubrimiento sino el fruto de la casualidad, y todo lo más la aplicacion de una idea nueva en Hidrografia. Se reduce el mérito y el prodigio de la invencion á un simple cambio de ruta. Los

(1) «Præ lætitia prosiliisse te, vix quæ a lachrymis præ gaudio temperasse.» Petri Martyris Anglerii mediolanensis, *Opus epistolarum*, lib. VII, epist. CLI:1.

portugueses, dicen, intentaban llegar á las Indias por el Oriente, siguiendo la costa africana, cuando Cristóbal Colon imaginó alcanzarlas por el Occidente cruzando la inmensidad del Atlántico. Encontró islas con las que no tenia el derecho de contar y que tomó por el Asia, no halló pues lo que buscaba, y encontró lo que no buscaba.

Ahora preguntamos nosotros al buen sentido; ¿un simple cambio de ruta habria por ventura suscitado el movimiento de los pueblos, su asombro, su entusiasmo, las bendiciones de los pueblos en las Azores, en las orillas del Tajo y en España, como en toda la cristiandad? Ciertamente que no se sabia entonces en qué consistía el descubrimiento, todavía no se conocía ni su extension, ni tampoco su verdadero nombre; pero los presentimientos de los pueblos indicaban ya la grandeza del acontecimiento. ¿Habianse visto acaso aquellas demostraciones de esperanza en la época del descubrimiento de las Canarias, de las Azores, de las islas del Cabo Verde? Las preocupaciones actuales del mundo civilizado eran tan nuevas como las causas que las producian; aquella curiosidad sin ejemplo denotaba un acontecimiento sin igual.

Comprendian todos que se trataba de los futuros destinos de la humanidad. La grandeza de la emocion pronosticaba la de los frutos del descubrimiento. Los pueblos no se dejaban arrebatarse por la alegría porque se hubiese puesto la caña del timon hacia el Asia por el Oeste, en lugar de dirigirla al Este, sino porque se habia descubierto un Nuevo Mundo. Y prueba oficial de ello es la divisa dada á Colon para sus armas (1).

Los que atribuyesen el descubrimiento á la sola sagacidad de Colon, igualmente que á la superioridad de su ciencia ó de su experiencia en la navegacion, quedarían completamente desmentidos por él mismo; porque no atribuyó á su genio lo que no recibió de él, ni á la ciencia lo que ella no habria podido darle. Positivamente dijo él mismo que la Ciencia, los Mapamundis y las Matemáticas no le habian sido de provecho para su empresa (2); y esto se desprende de cada hecho.

Thevet, uno de nuestros antiguos viajeros franceses, que había tenido ocasion de hablar con marineros que formaron parte de las expediciones de Colon, dice que «el Almirante no era muy experimentado en las cosas de marina.» Jerónimo Girava Terracones en su *Cosmografia* publicada en Milan, el año 1556, juzgaba «á Cristóbal Colon, de Génova, gran marino pero mediano cosmógrafo (3).» M. de

(1) «Por Castilla y por Leon,
Nuevo Mundo halló Colon.»

(2) Cristóbal Colon. — «Yo dije que para la ejecucion de la empresa de las Indias no me aproveché razon, ni matemática, ni mapamundis.»—*Libro de las profecias*, fól. 4.

(3) Santarem, *Investigaciones históricas, críticas y bibliográficas acerca de Américo Vesputio*, pág. 178.
TOMO I. 36

Humboldt declara que «Colon era no muy versado en matemáticas,» le acusa de «falsas observaciones hechas en las cercanías de las Azores,» habla de su «falta absoluta de conocimientos en Historia Natural (1).» Un miembro de la Academia imperial de ciencias halla á «Aristóteles mucho más aprovechado en Geografía que á Cristóbal Colon (2)» y se asombra de la ignorancia de este último en materia de Cosmografía.

Así pues no puede atribuirse á la superioridad científica de Colon la empresa de su descubrimiento. Por otra parte, en su época varios marinos se tuvieron por más hábiles que él, y la opinion les dió un puesto muy preferente al suyo. Ya que no pueda referirse al genio de Colon el mérito de su empresa, ¿á quién deberemos atribuirlo?

Lo diremos francamente:

La superioridad de Colon, lo que distingue su genio, lo que constituye su grandeza, es su fe.

Es evidente que la fe no le infundió la ciencia náutica, fruto de la práctica y de la observación; pero, habiendo por su fe obtenido la gracia de Dios, hizo lo que los demás no hubieran sabido hacer. Con su ejemplo justificaba anticipadamente estas memorables palabras del ilustre Donoso Cortés: «El hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en la contemplación de las cosas divinas, en igualdad de circunstancias, aventaja á los demás por vigor y claridad de su razón, por la seguridad de su juicio ó por la penetración y sutileza de su talento; pero sobre todo no sé de ninguno que, en igualdad de circunstancias, no aventaje á los demás por ese sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido (3).»

Habiendo persuadido á Colon su continua contemplación de la naturaleza que la forma esférica es la de los grandes cuerpos de la creación, de los astros y de los mundos, dedujo de ese principio que la tierra era redonda. Correspondiendo su modo de concebir la obra divina á su idea elevada del Criador, y siendo igual su fe en el Redentor á su creencia en el Verbo por quien se ha ordenado todo, encontró muy pronto en su conocimiento de las Sagradas Escrituras la confirmación de sus ideas cosmográficas. Persuadióse de que todo el mundo se hizo con plan y cálculo (4); que en ninguna parte es destructor de la vida el astro del día; que no hay zonas inhabitables; que el MAR TENEBROSO no podía separar para

(1) Humboldt, *Cosmos*, tom. II, págs. 332, 337.

(2) Babinet, *Influence des courants de la mer sur les climats*.

(3) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, lib. II, cap. VIII.

(4) *Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti.*—Sap. XI, 21.

siempre las naciones, y privar eternamente á ciertas razas del conocimiento del Verbo. Colon creía firmemente que no serían vanas las palabras del profeta que anunciaban que los confines de la tierra verían la salvación enviada por Dios; que los pueblos acudirían de las regiones del áquilon y de las tierras australes y de allende los mares (1). Por consiguiente, no admitía que el Criador hubiese entregado alguna parte de nuestra habitación como herencia suya á monstruos y brutos invencibles. De la confianza que tenía puesta en Dios, procedían su firmeza, su paciencia, su resolución, su tranquilidad de espíritu, y los medios para emprender y realizar su obra.

Hé aquí en toda su sencillez los motivos fundamentales de la obra de Colon; la base sobre la que asentó la determinación de su descubrimiento. Nada tienen que ver aquí las matemáticas. Las consideraciones sacadas de la Geografía acudieron en apoyo de sus deducciones teológicas. El cálculo no fué para él más que la comprobación de la exactitud de su creencia católica en materia de Cosmografía. La ciencia en toda su pureza no podía aprovecharle gran cosa, porque su más capital enseñanza no era sino un error, pues profesaba entonces que el mar ocupa solamente la séptima parte de la tierra; en tanto que cubre realmente más de los dos tercios del globo.

Sin embargo, la lucidez de su razón, la penetración de su mirada, el ardor de su fe no bastan para explicar el maravilloso efecto de su empresa.

Debemos decirlo con toda claridad: sería inútil querer explicar humanamente la empresa sobrehumana del descubrimiento. Cuantos han estudiado la vida de Colon, todos sin excepción ninguna, los historiadores contemporáneos suyos, los historiadores de las Indias que tuvieron los documentos oficiales á la vista, han debido reconocer necesariamente en las circunstancias de la llegada de ese hombre á España, las que le detuvieron en ella y las que le permitieron la ejecución de su empresa, una disposición superior á la previsión de los mortales.

Á no ser que se niegue radicalmente toda acción providencial sobre la humanidad, no podrá desconocerse que la mano divina guió á Colon. Si el poder superior que preside la dirección de los mundos, debió alguna vez manifestarse en éste, fué de seguro para el más considerable acontecimiento de nuestro planeta. Cuando se coleccionan todos los hechos y pormenores de este descubrimiento, se ve uno precisado á confesar con Cladera, el sabio autor de las *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el mar Océano*, que sería preciso violentar su razón para no creer que para tan grande empresa sacó Colon

(1) «Ecce nomen Domini venit de longinquo.»—«Ecce isti de longé venient, et ecce illi ab aquilone et mari, et isti de terra australi.»—Isaías, cap. xxx, vers. 27, cap. XLIX, vers. 12.

del cielo su principal apoyo (1). El Almirante confiesa con su modesto lacerismo que nuestro Redentor le dispuso el camino (2). Y por lo mismo que en su concepcion, su intimo pensamiento, su objeto final, se unia esencialmente la empresa del descubrimiento al triunfo de la Cruz sobre la media luna, y á la liberacion de los Santos Lugares, se vé una coincidencia particular entre ciertas relaciones y hasta entre ciertas fechas de ese viaje.

El Viérnes, día de la Redencion, de la conquista de Jerusalem, de la rendicion de Granada, parece señalar los principales incidentes de esta expedicion cristiana.

El Viérnes se hace Colon á la vela.

El Viérnes se completa la importante observacion de la desviacion magnética.

El Viérnes se descubren los primeros señales del Nuevo Mundo, se divisan las aves del trópico.

El Viérnes aparece el Mar de yerbas, el gran fenómeno pelágico.

El Viérnes, 12 de octubre, se descubre la tierra.

El Viérnes, igual día, pone Colon la primera cruz en aquel suelo nuevo.

El Viérnes, 19 de octubre, escribe que quiere estar de vuelta en Castilla para el mes de abril, y á mediados de dicho mes entra triunfalmente en Barcelona.

El Viérnes, 16 de noviembre, encuentra una cruz bien construida en una isla desierta del mar de Nuestra Señora.

El Viérnes, 30 de noviembre, manda levantar una cruz muy grande en Puerto Santo.

El Viérnes, 4 de enero, al salir el sol, emprende la vuelta á España.

El Viérnes, igual día, por la tarde, le trae la Providencia al capitán desertor Martín Alonso Pinzón.

El Viérnes, 25 de enero, el mar le da víveres frescos.

El Viérnes, 15 de febrero, divisa las Azores despues de librarse de la más espantosa tempestad.

El Viérnes, 22 de febrero, recobra su tripulacion detenida por los portugueses.

El Viérnes, 8 de marzo, se convierte en primer testimonio de su gloria la violencia de su enemigo el rey de Portugal.

El Viérnes, 15 de marzo, entra triunfalmente en Pálos.

Solamente entónces notó Colon la rara coincidencia del día de su regreso con el de su salida y de las principales circunstancias de su viaje.

Nosotros citamos las fechas, pero cada uno sacará de ello las consecuencias que

(1) «Y nosotros asombrados violentaríamos nuestra conciencia para no creer que para tan gran empresa tuvo influxo celestial ó comercio con el Ente superior que gobierna á los mortales.»—Cladera, *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los Españoles en el mar Océano*, p. 15.

(2) «Acá me ordenó nuestro Redentor el camino.» *Documentos diplomáticos*, núm. cxxxvii.

bien le parezcan. De todos modos queda consignado que durante el viaje se realizaron en Viérnes los principales acontecimientos.

Si á la particularidad de esta coincidencia se añade la de la suerte que de las cuatro veces hace recaer las tres en la mano del Almirante la señal de la cruz, y se le designa de este modo para cumplir tres veces directamente los votos de todos, despues de haber dicho como Washington Irving: «Algo raro había en esa perseverancia de la casualidad en designarle (1),» se convendrá en que esa continua casualidad que accede con tanta constancia á las intenciones, sentimientos y votos de Colon, mereció de él alguna gratitud, y debe obtener de la nuestra alguna consideracion.

Cuando confesando Colon la ineficacia del compas y del astrolabio para su descubrimiento, declaraba que «nuestro Redentor» le había dispuesto el camino, atestiguaba una verdad mucho más manifiesta hoy que cuando la escribía su pluma.

Desde luégo, emprendido ese viaje contra las prevenciones del vulgo y los datos de la ciencia, por un camino arriesgado, en un mar temido, aparece desde su primer ensayo, como un modelo de navegacion. Sin saberlo, indicaba Colon á las generaciones venideras el itinerario más seguro y más cómodo. Segun Humboldt, es todavia el que siguen hoy los barcos de vela destinados á las Antillas. Algunos marinos han aconsejado que no se gobierne tanto al Sud para buscar los vientos alisios, cortar el trópico como á unos veinte grados al Oeste del punto donde lo cortan ordinariamente los capitanes de buques; y si este nuevo sistema permite abreviar una vigésima parte el camino de Cádiz á Cumana, ofrece en cambio tambien «la probabilidad de luchar por más tiempo contra los vientos variables que soplan ya del Sud, ya del Sudoeste (2).» El antiguo sistema, el itinerario de Colon, compensa lo largo del camino por la ventaja de encontrar más pronto los vientos alisios y disfrutar de los mismos por más tiempo durante la travesía.

La vuelta de Colon á España es quizas más asombrosa todavia que el acierto en la direccion de su primer viaje.

El Almirante no seguía el camino ya recorrido. Tenía una carabela muy deteriorada en su quilla; otra averiada en la arboladura, y las dos hacían agua. Escogió por inspiracion el camino más seguro, el que le hacia evitar las intemperies, las nieblas tan comunes en las Azores y el banco de Terranova, y debía librarle de las tempestades harto frecuentes en los alrededores de las Bermudas. Llegó sin gran vacilacion á las aguas donde reinan los vientos alisios. Colon arrostró tempestades horribles; pero aquellas grandes perturbaciones de la atmósfera

(1) Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. I, cap. iv.

(2) Humboldt, *Viaje á las regiones equinocciales*, tom. II, lib. I, p. 8 y 9.

eran enteramente excepcionales. Había tomado el camino más conveniente para sus carabelas que no tenían puente. Una feliz casualidad le apartó de los peligros que él no podía conocer; pero el rigor de las tempestades no hizo sino poner más de relieve la galantería, si así puede decirse, de la casualidad que le protegía; porque nadie sabría explicar su conservación con un buque tan pequeño y tan deteriorado como la *Niña*. Los habitantes de Santa María en las Azores, los de Cascaes y de Lisboa estaban justamente asombrados de que una carabela tan pequeña y tan averiada hubiese sostenido la violencia de semejantes borrascas.

«Fueron tales, dice Washington Irving, los peligros y obstáculos que acompañaron su vuelta á España, que, si le hubiesen sobrevenido la décima parte de ellos á la ida, espantados sus revoltosos compañeros, mucho ántes se habrían sublevado todos contra la empresa, y jamás hubiera descubierto el Nuevo Mundo.»

Pero esa casualidad previsora y atenta, que tan señaladamente le protegía, tuvo buen cuidado de hacer que durante su primera travesía, los obstáculos no fueran insuperables, y á las más terribles dificultades supo siempre oponer coincidencias propicias. Cuando se reflexiona sobre el carácter de los compañeros del Almirante, aquellos oficiales insolentes, aún después del descubrimiento, de aquella tripulación que le abandona después de haber dejado encallar su buque, júzguese lo que hubiera sucedido si la ira del MAR TENEBROSO hubiese agregado sus peligros á los espantos de la imaginación.

Por fortuna la casualidad protectora que precedía los pasos de Colon velaba por él, le guiaba y advertía con solicitud constante.

Esta casualidad que le da viento ó agua cuando lo necesita, que abate ante él todas las iras y le conserva su autoridad en el instante más crítico; esta casualidad por la cual, sin ningún indicio visible, predice el momento del descubrimiento; esta casualidad que le hace designar, estando en el mes de octubre, su regreso en abril cerca de los Reyes; esta casualidad que le protege contra la envidia, el odio, el furor de las olas; que descubre las asechanzas de Portugal, y le prepara un triunfo en la misma corte de su enemigo; esta casualidad bastante inteligente y bastante fuerte para que podamos llamarla Providencia; esta casualidad, ó désele el nombre que quiera, nos parece un prodigio tan grande como el más grande de los milagros.

En Roma se apreciaba perfectamente, desde el primer instante, lo que ofrecía de maravilloso en su exactitud el sistema cosmográfico de Colon. Reconociase allí por instinto el carácter sobrenatural de su misión.

Y esa glorificación de Colon era implícitamente una manifestación sorprendente del buen criterio de la Iglesia.

Llamamos aquí la atención de nuestros lectores acerca de un hecho que, por la primera vez, va finalmente á ser expuesto con toda exactitud, hecho en el que

no han reparado jamás los historiadores de Colon; hecho, sin embargo, tan curioso como ignorado, tan ignorado como auténtico, tan auténtico como edificante, pero no ménos edificante que demostrativo de la autoridad verdaderamente sobrenatural legada por Jesucristo á su Iglesia.

§ V.

El 25 de julio mientras que el terror dominaba en Palos, Cristóbal Colon en el lugar de su descubrimiento se preparaba para atravesar el Atlántico, y su ilustre compatriota el papa Inocencio VIII, visitado por la muerte, iba á dar cuenta á Dios del gobierno de su Iglesia.

Tuvo por sucesor á Alejandro VI, que es seguramente uno de los papas ménos dignos que menciona la historia, pero cuyos defectos, fuerza es decirlo, han exagerado violentamente la calumnia y el espíritu de partido, confundiendo especialmente la vida privada del antiguo militar con la existencia oficial y regular que observó después de su elevación al Pontificado. Sin embargo, tal como era, con sus cualidades y sus defectos, comunes entonces á la mayoría de los grandes señores de su época, mientras obró en cualidad de heredero de la primacía de Pedro, no cometió ningún error ni debilidad, ni es defectuoso ninguno de sus actos. Conforme lo ha observado De Maistre, su Bulario es irreprochable. Y porque el legado del poder espiritual, contra el que no prevalecerán las puertas del infierno, parece asegurado por la Providencia contra los errores de la flaqueza humana, este Pontífice fué quien, por su misma flaqueza, hizo brillar mejor la fuerza indefectible de la Silla de los Apóstoles.

Siguiendo el consejo de Cristóbal Colon, los Reyes Católicos habían suplicado al Sumo Pontífice que les otorgara, por medio de una Bula, la donación de las tierras que ellos habían descubierto en el Occidente, y de las que esperaban descubrir todavía.

Cualesquiera que pudiesen ser las disposiciones personales de Alejandro VI á favor de la Corte de España, no podía acceder inmediatamente á su petición, porque el asunto exigía la mayor prudencia. Portugal había obtenido ya un privilegio para sus descubrimientos en el Oriente. Era preciso evitar que un favor actualmente concedido á España ocasionara conflictos, durante el reinado de aquellos reyes ó en los siglos posteriores; y que la obra del apostolado no trajera consigo sangrientas rivalidades entre dos naciones cristianas. Era necesario señalar un límite entre los dos reinos católicos.

Aquí estaba la dificultad.